XXXII Domingo del Tiempo Ordinario C

Más allá de la sombra

"Dijo Jesús: Los que sean juzgados dignos de la vida futura ya no pueden morir: Son hijos de Dios, participan en la resurrección". San Lucas, cap. 20.

Conocemos pintores dedicados a la restauración de obras de arte. Remueven el polvo acumulado por los años, reparan los deterioros, reviven el brillo de unos ojos, retocan el detalle de un rostro, acentúan el pliegue de un manto, oscurecen una sombra para que resalte la luz que penetra por la ventana. Y hasta llegan a descubrir un original escondido bajo una copia sin mérito.

El tiempo, ese amigo que sana heridas y borra cicatrices, se especializó en retocar el recuerdo de nuestros difuntos. Matiza sus defectos. Borra los incidentes que empequeñecen su memoria. Los presenta idealizados, por obra y gracia de sus mágicos pinceles.

Hasta que un día, queriendo ser realistas, descubrimos que aquella madre no era mujer perfecta. Que ese padre falló muchas veces. Que nuestros amigos fueron seres comunes y corrientes.

Queriendo ser rigurosos y objetivos, esta valoración nos desconcierta.

Aquí nos sale al paso la palabra de Dios, para orientarnos y alentarnos. Nos dice el Maestro: En la vida futura los hombres serán plenamente hijos de Dios, participantes de su plenitud. Lo que nuestro cariño imaginó equivale a la transformación que ya el Señor ha realizado en ellos, por la fuerza de su Resurrección.

Quienes creemos en Cristo nos hemos arriesgado a la esperanza. A la esperanza de que más allá de la sombra todo terminará en luz.

Por eso, los creyentes tenemos permiso de soñar todos los días con un mañana espléndido y glorioso.

Por eso madrugamos a los deberes cotidianos, con la mente y el corazón puestos en el Señor.

Por eso rezamos La Salve afirmando que vivimos en un valle de lágrimas, pero convencidos hasta el tuétano de los huesos, de que existe otro valle donde seremos felices.

Allí amaremos, sin las alambradas del tiempo y del espacio, allí estaremos de vacaciones para siempre, cómo gustaba afirmar San Agustín.

Allí seremos simplemente, sin necesidad de reparaciones ni retoques. Ya no será el tiempo, sino Dios, quien nos restaura: Remueve el polvo, repara los deterioros, revive la luz y siempre, debajo de ordinarias apariencias, descubre la obra maestra de sus manos.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y